

el cráter del Tupungato, para bajar á fulgurarla en el llano de Maipú y en los Castillos del Callao....

«Y fué la tarde y la mañana un día...» La luz era buena, pero la interminable semana estaba delante.

Sabemos que la revolución, militar y ejecutiva derribó el poder español por el estremecimiento indómito de los pueblos, pero sin desentrañar los vicios íntimos de la sociedad colonial, sus antagonismos y desigualdades: gauchos, muchedumbre, aristocracial.... La hora tremenda llegó.—La aristocracia se apoderó del terreno y pretendió dar cabida en las huellas del viejo régimen á la masa incandescente de los pueblos libres, y el urbanismo egoísta y ciego, envaneciéndose con su comercio, con sus ciencias y sus poetas, se amuralla en la preocupación y desconoce la historia... Señores: J. B. Vico ha mostrado al hombre primitivo de las montañas engendrando en su mente todos los Júpiter al compás de la borrasca, é inmolándoles carne y sangre á impulsos del terror. No de otro modo imagino el engendro de los Júpiter de la montonera, Artigas blandiendo el rayo, Facundo el terrible simbolizando la encomienda cuando bramaban los cielos y retemblaba la tierra.—La política, la educación y la economía amontonaron desde la cordillera hasta el Uruguay bajo el sable del emperador y saturado con los regios perfumes del Escorial esa amalgama de desventuras, misceláneas de caracteres deprimidos, naturalezas sin credo ni moral

que sitiaban ciudades doctorales, ciudades mercantiles, ciudades perezosas, ciudades de poetas. Eso era el pueblo! ¿Dónde la faz clarísima, abierta y noble de la democracia moderna? ¿Dónde? En el instinto supremo de los pueblos, en la mano de Dios que sublevó su fecunda vocación. Donde reside el principio de todas las verdades, en la conciencia.... ¡Aquello era un delirio!, se ha dicho. Sí, pero el porvenir es de los que deliran por grandes inspiraciones. La libertad brillaba sobre la cumbre del axioma para el pensador, sobre la cólera de los pueblos, sobre el personalismo semisalvaje del gaucho.—La cántiga popular de Luca, la lira latina de Varela y la guitarra de Hidalgo, como el estro profético de Moreno, la austera virtud de Rivadavia y Belgrano y el arranque indómito de Güemes, todo proclamaba la libertad. Y bien, señores, sus rayos evaporaban la corrupción colonial, generaban el trueno, el terror, Júpiter, el caudillo. La encomienda se levantaba hecha carne: el gaucho pedía regeneración, los cielos bramaban y retemblaban la tierra....

El propio exceso del infortunio social reventó la revolución enriquecida con el concurso universal de los pueblos, y este arranque, que era su vocación liberal, los llamaba á la participación uniforme de los grandes resultados de la lucha, la reforma social, la igualdad, algo más aún, la soberanía!

Ante el aspecto siniestro de la barbarie armada, la aristocracia revolucionaria retrocede con

espanto: se horroriza contemplando el terrible elemento que surgía de las entrañas de la colonia, y dase prisa á comprimirlo, soñando restablecer un trono, que apagara las ascuas del ara santa á trueque de desarmar al sacerdote ungido en el desierto. Son sangrientas las inmolaciones ofrecidas al ídolo de la mitología nueva. Vosotros conocéis la historia de las montoneras, su política, su tipo. Era la fuerza agreste elevada á principio social: la licencia del beduino, encarnada en el caudillo, patriarca sanguinario que empujaba la desolación delante de sí. Y nos explicaremos el terror del estadista, engeguedado aún por las tinieblas coloniales, su resistencia, sus vacilaciones durante la primera década revolucionaria.—La convulsión de 1820 sobrepuso el instinto democrático, lo radicó en la historia y en la conciencia de los hombres, vinculando en su profesión todos los sentimientos populares é incorporando á las masas el pensamiento disciplinado de la escuela republicana de Moreno.

Era, no obstante, señores, tan hondo y tan antiguo el dualismo colonial, que la fecundidad entrañada en la armonía revolucionaria hablaba poco al espíritu de los hombres en aquella era de medias luces y de penumbras.—El encumbriamiento de las masas á la soberanía había dislocado la omnipotencia de los poderes centrales y rodeado con prestigio sin igual á los caudillos halagando la vanidad de las campañas, que representaban. Cuando después de ese triunfo campesino, descentralizador y democrático, la

reconstrucción nacional apareció en la cima de la esperanza pública, vimos que el partido, europeo, francés, unitario, luchaba abiertamente, más por la vía tranquila de la propaganda contra el impulso localista y montonero. Mientras el unitario leía á Rousseau y aplicaba á Mably, Facundo fundía el interior de la República con la estructura embrionaria del modelo gaucho, los caudillos cimentaban fórmulas ciegas de política y el provincialismo doctoral y sedicioso de Córdoba seguía el empuje revolucionario y juntos fortalecían los hechos sociales surgentes de la primera guerra civil.—El congreso unitario fué una gloriosa academia de políticos ideólogos, y cayó bajo el embate de la revolución que arrasaba pasiones y trozaba el nudo gordiano con el sable.

He puesto de relieve la precoz solución profesada por el partido federal, combinando los elementos democráticos del pueblo con instituciones prácticas y grandiosas, destinadas á satisfacer toda aspiración trascendental. En 1827 se apoderó del timón y dirigía sus tareas conciliadoras á armonizar los anarquizados caracteres de la sociedad argentina, aplacar sus borrascas y encaminar su impulsión, extirpando el caudillaje por la paz y la igualdad y abriendo al hombre culto círculos de acción, en que desenvolver sus fuerzas civilizadoras. La verdad fué rechazada, como había sido rechazado Moreno, que predicó la democracia desde la primera aurora. Toda idea de transacción con caudillos y montoneras

pareció abominable y un *farisáismo* de nueva estirpe se apoderó de los ancianos de Jerusalem.

Estudio el fondo del drama y no viene á mi objeto dibujaros el cuadro de progresos que varias localidades de la República alcanzaron bajo la acción de aquellos hombres generosos y venerables, cuya memoria bendigo y me envanece, al tiempo mismo que mido sus errores y los lamento. Esos progresos eran una conquista que nadie combatió. Por el contrario, habríaseles dado estabilidad con la paz de la República, y era forzoso reconocer en ellos un monumento de la energía local. El lustre literario de Buenos Aires y los adelantos industriales y educacionistas de varias provincias del interior coincidieron con la disolución del año 20, por cuanto los pueblos reposaron un breve espacio y desarrollaron sus fuerzas propias. La iniciativa civilizadora de la presidencia halló medio de expansión en la pasajera serenidad del país mientras la ley fundamental de 1825 fué respetada, y con ella la diversidad concéntrica de las provincias, nuevamente armadas, apenas la implacable lógica de los estadistas teóricos comprimió sus tendencias y sus pasiones.

Los pactos federativos de 1827 y 1828 no hicieron sino reproducir esa situación, garantiéndola en la convención de Santa Fe, copia norte americana, destinada á generar frutos de fecunda trascendencia en el orden interno y la civilización del país.

Señores! Si de toda sociedad humana puede decirse, que su desarrollo está vinculado á la libertad, de ninguna con mayor exactitud que de la República Argentina, que no tiene otra vocación definida ni resorte mejor templado para sus elaboraciones sociales.—Pero, libertad sin igualdad es privilegio. Igualdad sin participación común y directa en la acción democrática es una palabra sonora y muy francesa, pero sólo una palabra.—Y no era otra la situación impuesta á los pueblos por la revolución militar en que, desde 1828 hasta 1832, se apoyó el partido unitario, renunciando á sus ventajas en la lucha para colocarla, violando la severa consigna de Rivadavia, en el terreno de la fuerza, donde era impotente para sostenerse. Con la noble cabeza de Dorrego cayó el eslabón que pudiera ligar los altos principios con las pasiones: cayó el núcleo popular que contenía su desborde y había retardado el drama escandalosamente desenlazado en 1835.—Los extremos se enfrentaron suprimiendo todo matiz. La civilización se encaró con la barbarie. La guerra civil se reanudó, y la lanza del montonero, nuevamente templada en los fogones del pastor fulminó en manos de Facundo y Juan Manuel Rosas.—El puente de Márquez y la ciudadela de Tucumán presenciaron la victoria de los caudillos, cuya expansión barbarizadora ya no comprimía fuerza alguna viva y arraigada; y tras ella vino la horrenda disolución social de 1831 á 1835, el crimen sombrío, los sueños del Río Colorado, la mazorca, Barranca Yaco, y la abdicación.

ción del pueblo-profeta en manos del tirano más brutal y más sangriento, que hayan soportado sobre sus hombros las sociedades cristianas! Sobre la descomposición moral del pueblo, se levantó aquel Tiberio en carne gaucha, evocado como un dios por corazones, cuya abyecta podredumbre borró del labio los himnos argentinos y le puso el ruego y la mísera oración de los esclavos!

Se cuenta de un tirano antiguo, que recibía en su jardín al emisario de otro monarca, que le enviaba á escuchar de su boca reglas seguras de gobierno. El tirano en vez de responder se entretuvo á vista del emisario en romper las amapolas, cuyas flores descollaban entre todas. El discípulo comprendió la lección, y afirmó su poder exterminando toda personalidad robusta, que pudiera contrariarle. Esta es, señores, la escuela de todos los tiranos y lo fué especialmente la de Rosas. Vosotros sabéis por qué. Hijo de la anarquía, caudillo del gauchaje orgulloso, que llevaba su ley por la nación, Rosas no podía fundar el poder personal sin el exterminio de toda entidad resistente, ni convenía á sus diabólicos propósitos regenerar la barbarie, sino perpetuarla é identificarle lo noble y desenvuelto que ilustraba á los pueblos.—Estudiamos en nuestra conferencia última ⁽¹⁾ su estrategia y el éxito sobreabundante que la coronó! La sangre y la

(1) Véase OBRAS COMPLETAS, tomo III (2.º de la *Historia Argentina*), Lección XXI, página 403.

desmoralización cimentaron su solio, inoculó en las fibras de la sociedad refundida á su capricho, la personalización del poder y encorvó la espalda de centenares de cómplices y miserables adoradores del crimen.—Las formas y la esencia de la cultura, la musa y la elocuencia cívica y el giro de los sentimientos envilecidos y adulterados bajo su influjo le caracterizan como un gran tirano y el único tipo argentino de su infernal progenie. Es la tiranía de Rosas, señores, uno de los fenómenos más trascendentales de la historia argentina: está á la altura del coloniaje en su eficacia póstuma: supera á la guerra civil en su influencia desmoralizadora, porque el momento de lucha y de vértigo no degrada tan profundamente el sentido moral como la abyección del día funesto en que los pueblos enmudecen y se someten. Yo comprendo á los caudillos y comprendo su ferocidad. Eran el resultado más lógico de la colonia y la manifestación activa de las muchedumbres pastoras. Diré más á riesgo de escandalizaros. Comprendo á los tiranos. Al fin, los arrastra una pasión, infernal y execrable sin duda, pero que al menos los subyuga, les da cierta grandeza y los deleita en las agrias voluptuosidades de la tiranía. ¿Sabéis lo que no comprendo, señores? es al esclavo, al agente pasivo de los déspotas! ¿Qué pasión alimenta el infame que las abdica todas y se regocija en lamer la planta encharcada en sangre?... Luego alegan su vida! Naturalezas de arcilla rotas por el soplo del miedo.... Si los tiranos me dan horror, sus

seides y sus esclavos me dan asco y me angustian por el honor humano! Oh! y nos estremece-
ría, tan grande es su número, si pudiéramos
contar todos las seides, los esclavos y los cómplices de Rosas! Por fortuna, señores, la revolución debía levantarse en la tierra, regenerada como Anteo, por el amor común renaciente bajo el nivel de la tiranía.—Rosas lo humilló todo para levantarse solo, y todo se conjuró contra su bárbaro poder!

En 1810 todas las faces sociales reconocieron en la libertad un vínculo común y un interés colectivo y grandioso, que eucerraba la redención universal de los pueblos y los hombres.—La exuberancia del despotismo colonial produjo con esta armonía el tema de la epopeya. Ni el desconocimiento, ni las guerras que tan hondamente agriaron los antagonismos internos en la primera guerra civil fueron parte á estorbar un hecho análogo contra la tiranía de Rosas, tan vivo y puro es el amor á la libertad, que anidan las almas argentinas.—Locales y provincialistas, fueron los sacudimientos vencidos en el Rodeo del Medio y en Vences después que la reacción nacional había caído postrada en el Quebracho y Famaillá. Local y provincialista, con sus bandas milicianas, encabezada por los caudillos de divisa punzó, fué la revolución fomentada en 1851 por la emigración argentina y que dió en tierra con el poder de Rosas, renovando la fecundidad de la unión en la libertad y por la libertad bautizada con la sangre de todos

en las guerras de la independencia nacional.—
In unione vicit.

Ahora bien, señores.—Si es cierto que la desproporción de los elementos vitales del pueblo lo sujetaron á la inercia y á la esclavitud; si es cierto que la pasión liberal, infundiéndole energía y unión transformó al esclavo en revolucionario y en héroe, no es menos exacto lo que de nuestros comunes estudios se deduce.—La aspiración de la masa á la soberanía se estrelló contra la impotencia de la sociedad para establecer la democracia bajo formas regulares, porque la colonización de España traía estos dos grandes caracteres, la idolatría realista, la desigualdad civil.—El revolucionario culto fué conservador primero, unitario después, por una razón evidente: fué conservador por su educación colonial, que no era parte á extirpar la institución que lo armó paladín de la libertad, y por el espectáculo de la horrible barbarie, revelada en las campañas, cuando rompieron el freno y se arrojaron en las sendas turbulentas de la revolución. Fué unitario, cuando la soberanía popular se arraigó, porque lo subyugaba la escuela francesa, la ciencia enciclopédica del siglo XVIII, y se encastillaba en el centralismo para batir al caudillaje.—La muchedumbre no tenía principio ni bandera, pero tenía fuerza: quiso reinar, y reinó: quiso romper el nacionalismo absorbente del génesis republicano para satisfacer el instinto genuino

y primitivo, que la impulsaba á fundar las soberanías locales, y se divorció de la teoría y del teorizador, trabáronse á lanzadas y cañonazos, y cada aspecto social buscó su victoria en la violencia.—Su unión determinó los períodos más fértiles de la vida argentina. Obra suya fué la guerra y la declaración de la independencia: obra suya la Asamblea del año 13, el gobierno local del general Rodríguez y la iniciación progresista de 1826.—No entra, sin embargo, en las leyes de la pasión humana la abnegación que transa.—El antagonismo fué duro, y su solución por la fuerza, habría producido, con el delirio el quietismo, con el caudillaje la barbarie.—La guerra civil lo desenvolvió, desahogó la exuberante savia de los pueblos, y yo la bendigo, señores, porque fué para mi patria un bautismo sangriento, pero regenerador, que dió tonos y luces prácticas al pueblo, siempre mártir, hoy de los tiranos, mañana de estériles sacrificios. Era una ley fatal, que al cumplirse sacudió la sociedad por el cimiento, levantó todos los miasmas coloniales y reveló desnuda la desmoralización social.—Rosas vino encarnando el poder personal y ningún interés, ninguna tradición histórica, nada legítimo ni popular.—Caracterizado ya el provincialismo, se robusteció más que nunca ante el último modelo de unión representado por Rosas y cimentado por Oribe.—En nombre de la libertad, la sociedad nivelada por el martirio, se puso de acuerdo, tomó la antorcha de la tumba de Manuel Dorrego, transó con los caudillos y proclamó la federación.

En una palabra, la vocación democrática del pueblo se estrelló en el dualismo colonial. La unidad la hizo fecunda; el divorcio produjo la guerra civil por extravíos populares y comunes, y su solución en odio á la tiranía, levantó sobre la igualdad el modo de ser republicano y federativo de las provincias argentinas. Tal es la filosofía de su historia.

La fórmula del deber moral que se desprende de esta doctrina es perentoria y se reasume en el fomento de esa armonía de fuerzas.—Su resorte es el sentimiento: su campo de acción la ciencia social, para extirpar del suelo de la patria las horrendas reliquias de su formación. Cuando se sigue con anhelo el drama histórico de la República, parece que se disminuyera la línea del tiempo que separa las cosas de las cosas y los efectos de sus causas: las perspectivas se reconcentran y ahuyentan la ilusión. Entonces la fórmula social, que nos pareció completa, novísima, y desligada del pasado, se manifiesta adherida á la masa informe, en que los tiempos primitivos amontonaron sus elementos. Es el jardín sobre el aluvión. Es la cabeza de la columna hermélica. Las aguas están turbias con el lodo del torrente como las ondas del Cedrón; y con las arenas que ha disuelto atravesando campos desiertos para la verdad.—Es la ola del Paraná que trae en floridos camalotes la víbora y el jaguar.

La colonia está viva aún en el fondo de la sociedad. La desigualdad del gaucho, su miseria y su barbarie: la mitología del estado, y la indo-

lencia del urbanismo ante los grandes problemas, que afecta el destino de las campañas, vicioson, señores, de sello colonial.

La guerra civil nos deja odios y caballeresco desembarazo para empuñar la lanza en nombre de los círculos y de pobres banderas inventadas para disfrazar el parasitismo político de los partidos sin credo trascendental. ¿Qué más, señores? El pendón que pocos meses ha, tremolaba Catamarca contra Salta; Luengos para Córdoba, y anónimos para Basualdo!

La tiranía de Rosas nos ha dejado otra herencia: la personalización del poder, la encarnación en el hombre del principio, del destino y del período social, idolatría funesta, que desarma la democracia, envolviéndola en movimientos artificiales que la adulteran y la enervan. La medalla está gastada, pero conserva su cuño.

Señores! Vais á ser jueces de mis palabras.— Si al argentino, cualquiera que sea su condición, su origen y su edad, le preguntáis si ama la libertad, ¿qué responderá? ¿Qué puede responder el pueblo que se ha rasgado las venas en todos los altares levantados á la libertad desde el Atlántico hasta el Pacífico? ¿Qué puede responder un pueblo, cuyos oradores saben estremecerlo con su nombre, cuya epopeya jamás tuvo otro ideal ni otra musa sus letras, cuyos bardos jamás cantaron sino la libertad? Y bien, señores, yo pregunto, ¿por qué es tan apática y tan rudimental la democracia argentina, ejerciendo la libertad sobre los pueblos esa fascinación omni-

potente? Yo pregunto, ¿por qué el pueblo que tiene un héroe antiguo en cada uno de sus varoniles ciudadanos: que canta en la guerra y en el sacrificio el salmo de los bravos y de los libres, y resucita pueblos hundiendo tiranías; ¿por qué, pregunto, contempla embotado en la indolencia, que el sufragio popular se falsea, que la fibra republicana se relaja, que la administración se centraliza y hasta la sombra de las municipalidades se le quita; que la educación se estaciona y la industria y la propiedad no invaden al desierto para reengendrar el gaucho?—Ah! por qué, sino porque su alma inspirada se nutre de ilusiones y midiendo la talla del héroe, fáltale el carácter de la persona democrática: porque, en una palabra, está aun influenciado por el mundo colonial y la égida turbulenta de los partidos y de los tiranos!

Señores: El pueblo vive aún de sueños y entra poco en las realidades. Yo sé que su resorte es robusto: se agita con grandes entusiasmos al contacto de toda inspiración generosa, y no creo que su potencia republicana flaquea por debilidad del número, sino por falta de percepción en el detalle y de facultades complementarias, cuyo afinamiento es obra larga del ejercicio de la libertad y el pacífico atesoramiento de lecciones vivas y prácticas.

El porvenir de la democracia reposa sobre la armonía de las fuerzas sociales y la igualdad de las condiciones civiles, que alejan para siempre el antagonismo en que hasta hoy viviera y la